



## NOVENO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

**Día 7 de junio: un corazón herido por nuestros  
pecados.**

Los días pasados hemos contemplado el amor infinito que Dios nos tiene. Tristemente, con mucha frecuencia hay cristianos que viven una vida de completo olvido de Dios, ignorando o incluso rechazando su amor. Fijaos en lo que reveló Jesús a Santa Margarita María de Alacoque, mientras le mostraba su sagrado corazón herido y sangrando:

*“Eso fue lo que más Me dolió de todo cuanto sufrí en Mi Pasión, mientras que, si Me correspondiesen con algo de amor, tendría por poco todo lo que hice por ellos y, de poder ser, aún habría querido*



*hacer más. Sin embargo, sólo frialdades y desaires tienen para todo Mi afán en procurarles el bien. Al menos dame tú el gusto de suplir su ingratitud de todo cuanto te sea dado conforme a tus posibilidades.” (Santa Margarita María de Alacoque)*

El dolor que manifiesta Jesús por no ser correspondido en su amor no es una novedad revelada a Santa Margarita. Ya el evangelio de San Juan nos habla dos veces de la sed del Corazón de Jesús, del deseo del amor de los pecadores, en el capítulo 4 y en el 19 (cf. Jn 4, 19; Jn 19, 28). Impresiona mucho recrear estas imágenes. En la primera, vemos a todo un Dios deseando y mendigando el amor de una mujer pecadora, una samaritana. En esto el corazón de Dios es muy distinto del corazón del hombre. Para la mentalidad carnal del hombre, “pecador” es sinónimo de “indeseable”, de algo repugnante. Sin embargo, el corazón de Dios -que ama todo ser al crearlo- sigue amando al que



le ofende, porque es amor y *no puede negarse a sí mismo* (2 Tim 2,13).

La Escritura nos presenta muchas veces los sentimientos de Dios, que son comparados con los sentimientos del esposo enamorado que sufre infidelidad, como por ejemplo en el libro de Oseas y de Ezequiel (cf. Os 1; Ez 16). Cuando Dios crea, Dios decide amar eternamente, hasta el final. Al igual que en nuestra vida, cuando alguien decide amar, se hace vulnerable, se expone al sufrimiento, al rechazo, a no ser correspondido. Al amar, se establece un vínculo de amor, nace un deseo, propio del amor, que implica desear el amor de esa persona amada. Cuanto mayor es el amor, mayor es el vínculo y el deseo, y mayor el sufrimiento cuando el amor no es correspondido.

El pecado es el rechazo de ese amor divino; y, por eso, todo pecado debilita o rompe este vínculo de amistad con Dios por parte del hombre. Sin embargo, el deseo de Dios de recibir el amor del hombre permanece intacto a pesar del pecado. Frente al pecado humano, Dios trabajará por recibir el amor del hombre hasta la entrega total de la vida



en la cruz. Lo que hacemos y vivimos le importa mucho a Dios. El Corazón de Jesús nos recuerda esta verdad fundamental de nuestra fe ante la que no podemos vivir de espaldas.

Cuando alguien no tiene en cuenta a los demás decimos que tiene un corazón duro o que no tiene corazón. Podríamos aplicar esto mismo a tantos cristianos, a nosotros mismos, que tantas veces vivimos de espaldas a lo que Dios, que tanto nos ama, siente. Por ello, el cristiano no puede vivir indiferente ante el pecado de los hombres, pues su amor a Dios le debe llevar a sufrir en comunión con los sentimientos de Dios, y a desear el bien de sus hermanos.

*Padre Eterno, nunca podremos agradecerte suficientemente tanto amor como nos tienes. ¿cómo es posible que ames sin medida, que nuestros continuos pecados no logren hacerte desesperar, no logren disminuir tu amor por nosotros? ¿Cómo sigues amándonos a pesar de nuestra continua ingratitud?*



*Anonadados ante tanto amor, nos rendimos a tu amor, nos abandonamos a tu amor, nos entregamos a tu amor, sin medida.*

*Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; sea lo que sea, te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal de que tu voluntad se cumpla en mí, y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre. Te confío mi alma. Te la doy con todo el amor del que soy capaz, porque te amo, y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque tú eres mi Padre. Amén.*